

Raymond Aron: un hombre entre dos mundos, o la búsqueda de la comprensión del escenario mundial

Por Marcela Donadio*

“Más vale comprender la diversidad de mundos que soñar con un mundo que no existe ya, simplemente porque no nos gusta el que realmente existe”.

(ARON, 1985: I 182)

Resumen

Raymond Aron es bien conocido por sus aportes a la teoría política y al desarrollo de la sociología. Menos conocido, pero igualmente importante, es el aporte que realizó al campo de la estrategia y de las relaciones internacionales, en el cual los estudiosos abrevan en este pensador como una referencia para analizar el sistema internacional y la relación entre la política y el instrumento militar de un Estado. Este artículo presenta los aportes realizados por Aron en el campo de la estrategia y de la seguridad, las motivaciones que condujeron sus estudios, y sus propuestas teóricas a la luz del desarrollo histórico del sistema internacional en el último medio siglo.

* Profesora de la Escuela de Ciencias Políticas de la UCA. Presidente de SER en el 2000.

Introducción

En los estudios de grado de Ciencia Política Raymond Aron es bien conocido tanto por sus estudios sobre la libertad y los regímenes políticos, como por sus aportes sociológicos. Intelectual brillante, sobresale por la diversidad de sus enfoques y por la amplitud de los campos en los que trabajó.

Resulta a primera vista curioso que un pensador tan conceptualizado en la teoría política sea a su vez sumamente reconocido en el campo de las relaciones internacionales y de la seguridad. Fundamentalmente dos obras, *Pensar la Guerra y Paz* y *Guerra entre las Naciones*, han sido analizadas y profusamente utilizadas como referencia en los estudios internacionales. A pesar de que sólo son dos títulos en la vasta obra de este autor, la profundidad de sus páginas revela la preocupación de Aron por este campo: ningún intelectual, por brillante que fuera, podría escribir esas obras si no tuviera un conocimiento profundo del campo de la estrategia, la seguridad y las relaciones internacionales.

¿Cuáles son las motivaciones que condujeron a Aron a introducirse tan profundamente en este tipo de estudios? ¿Cuáles sus resultados principales? ¿Qué impronta dejó este autor en el estudio de las relaciones internacionales, la guerra y la paz?

El ambiente de seguridad en la época de Aron

La guerra estuvo siempre presente de la vida de Raymond Aron. Nacido en Francia en 1905, vivió como niño la Primera Guerra Mundial. Llegada la Segunda Gran Conflagración, se exilió en Londres, donde su interés vital por su supervivencia y la de su patria comenzó a relacionarse con sus conocimientos profesionales. Así lo describe él mismo en sus *Memorias*:

Comencé a interesarme en la guerra como sociólogo en el trascurso de los años en Londres. Como en muchas otras ocasiones, lo que originó mi decisión fue el remordimiento o, por lo menos, la intranquilidad de conciencia. ¿Con qué derecho habíamos expresado antes de la guerra juicios categóricos sobre la diplomacia cuando no sabíamos nada o casi nada de la cosa militar, de la relación de fuerzas, de las posibilidades de victoria o los riesgos de derrota? Había estudiado economía para fundamentar con razones mis opiniones sobre el capitalismo y el socialismo. ¿Por qué haber descuidado eso que los alemanes llaman la *Wehrwissenschaft*? (Aron, 1985: 435).

Marcado por su vida, por el ambiente en que él debió vivir como ciudadano europeo desde que era un niño, y por las influencias que recibió en su paso por la vida universitaria, un objeto de estudio se convertiría para él casi en una obsesión: el devenir de la historia humana, y particularmente el destino del hombre a la luz de la gran amenaza a la supervivencia representada por las armas nucleares. Dos preocupaciones centrales guiarán su obra en este campo: en primer lugar, cómo la compleja trama de las relaciones internacionales se organiza en un **sistema internacional**; en segundo lugar, el estudio y crítica de la **teoría de la disuasión** predominante en materia estratégica desde los '50, sus debilidades, sus riesgos y sus consecuencias para el orden del sistema internacional.

Focalizó su trabajo en el campo de las relaciones internacionales ya no tanto con referencia a la naturaleza y vicisitudes de la guerra, sino en el comportamiento del sistema internacional, y de aquellas variables que operan en la decisión de la paz o la guerra¹. Si la Primera Guerra había demostrado que la guerra había dejado de ser una suerte de juego entre estrategias y polí-

1. [...] *me preocupaba ante todo despejar el aparato conceptual indispensable para llegar a comprender las relaciones interestatales; luego, el alcance de los determinantes que afectan a esas relaciones; finalmente, las regularidades que el estudio del pasado pondría de manifiesto.* (ARON, 1985: I xxxiii).

ticos, la Segunda ilustró, a los ojos de Aron, la naturaleza del demonio que el hombre debía volver a controlar: ¿cómo conciliar los intereses contrapuestos de los Estados *desde el momento en que las decisiones a tomar conciernen al empleo probable de las armas nucleares, es decir, a la vida o la muerte de millones de hombres?* (Aron, 1985: I xxxvi).

Francia: un actor peculiar en el sistema

La participación protagónica de Francia en la historia europea es tan larga como apasionante. Como característica, se distingue la búsqueda de autonomía respecto de cualquier dominio o influencia de aquellos países más cercanos a su territorio. La vieja rivalidad con Prusia –más tarde Alemania–, los grandes costos humanos pagados en las guerras mundiales, y la ocupación de su territorio en la Segunda Guerra a manos de su gran enemigo son parte de una historia política y militar que vivió tanto éxitos como fracasos. La resistencia opuesta a la ocupación alemana le valió la posibilidad de sentarse junto con los grandes vencedores de la Segunda Guerra, de la mano del hombre que dictaría las bases para la política francesa en el mundo de la posguerra y de la guerra fría: Charles De Gaulle.

El escenario estratégico de la guerra fría, con su consiguiente necesidad de adscripción a uno de los dos grandes bloques en los que el mundo había quedado dividido, ofrecía pocas posibilidades de maniobra a un país mediano como Francia. Ella será uno de los miembros fundadores de la Alianza Atlántica u OTAN, creada en 1948. Desde ese momento, y hasta el regreso de Charles De Gaulle al poder, Francia enfrentará el dilema de adecuarse al modelo común europeo (al cual lo unían lazos históricos, culturales y políticos), respetando su tradicional política de autonomía e independencia. Con posterioridad a las crisis de su ocupación en África –escenario en el que desplegó una de las mayores cantidades de efectivos mili-

tares en su historia— la debacle política y militar encumbró nuevamente a De Gaulle, quien en 1958 accede a la Presidencia y emprende una reorganización no sólo política (con una nueva Constitución de tono parlamentarista moderado, con un Ejecutivo fuerte), sino también en el campo de la seguridad estratégica².

Los instrumentos que De Gaulle utilizará para rescatar la idea de la autonomía francesa, principalmente frente a la hegemonía estadounidense— serán la **independencia militar respecto de la OTAN** y la utilización de los conceptos de **disuasión y santuario** respecto del poder nuclear.

La intención subyacente de esta política es la elaboración de una doctrina propia, respetando la tradicional autonomía francesa. El eje del cuestionamiento al estado de la situación estratégica no será el rechazo a la pertenencia al orden europeo, sino a la hegemonía estadounidense sobre ese orden. Así, Francia planteará que la OTAN, habiendo sido útil para la defensa europea en sus comienzos, había llegado a confundir excesivamente los intereses europeos con los de los Estados Unidos, quienes tenían en sus manos el poder nuclear. Dos decisiones gaullistas concretarán esta visión respecto de que Francia debía buscar un modelo más independiente: en primer lugar, en 1962 Francia concede la independencia a Argelia, obligando a una reestructuración de las bases y efectivos mediterráneos de la Alianza. Cuatro años más tarde, en 1966, se toma la decisión de retirar a Francia del Mando Militar Integrado de la OTAN, lo cual supuso el retiro del personal francés de los cuarteles generales integrados, la desafectación de fuerzas militares francesas de los mandos internacionales, y la evacuación de su territorio de cuarteles y tropas no francesas.

Al renunciar a su pertenencia al Mando Militar Integrado, Francia asegura entonces su capacidad de decisión sobre el uso

2. En las *Memorias*, Aron titula el capítulo que refiere a la nueva elaboración gaullista *El gran proyecto del General*.

de sus fuerzas militares, sin que esto significara que la Alianza no podría contar, llegado el caso, con el poder militar francés³. De esta forma, se elabora una nueva y peculiar concepción de la defensa para un país europeo: apoyada en el rechazo de la política de bloques, pero comprometida en la defensa del orden regional. Esta propuesta doctrinaria hace de la **independencia** estratégica su característica predominante, entendiendo que los procesos históricos que Francia había atravesado marcaban sin lugar a dudas una voluntad nacional de sostener su propia política y de garantizar por sus propios medios la defensa de esa independencia nacional, sin estar sometido al arbitrio de un tercero.

El segundo paso de esta elaboración doctrinaria es la búsqueda de los medios que permitan sostener esa independencia estratégica. Así, se llega a la formulación de un sistema de defensa que resulte creíble para los potenciales adversarios, para lo cual se utilizará el concepto de la **disuasión**. En síntesis, la posesión por parte de Francia del arma atómica de manera de disuadir a toda nación que también la posea de la idea de emprender contra ella una agresión de esa naturaleza.

Apoyado por la sociedad francesa, De Gaulle logra imponer esta doctrina, la cual no volvió a ser objeto de debates serios hasta la década de 1980. Raymond Aron tuvo una actitud ambivalente frente al proyecto gaullista: al tiempo que dedica gran parte de sus obras *Paz y Guerra entre las Naciones* y *Pensar la Guerra* a mostrar la vanidad de los estrategas de la disuasión, no se manifiesta en contra de la decisión francesa de contar con armamento nuclear. Tal vez, la actitud norteamericana de pretender contar con un único responsable de las fuerzas nucleares (los EE.UU.) en el que los países europeos debían *per se* depositar toda su confianza, unido a la colaboración que sí prestaban al

3. *Es preciso que la defensa de Francia sea francesa [...] Si Francia hiciera la guerra, sería preciso que fuera su guerra [...]. Naturalmente, la defensa de Francia será en su caso conjugada con la de otros países.* Discurso de Charles De Gaulle en el Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, el 5 de noviembre de 1959 (Ebert, 1984: 191).

primer desarrollo nuclear inglés, hayan influido en esa actitud. Después de todo, y a pesar de haber sido señalado como un opositor al General, Aron dejaba fluir su nacionalidad francesa, frente a las inconsistencias y prepotencia de la política norteamericana⁴. Sus sentimientos seguramente chocaban con sus conocimientos: el deseo francés parecía inútil frente a la realidad del equilibrio de poder al que Aron adhería, a lo cual se sumaba que el consenso internacional que había sostenido dicho esquema en Europa hasta el siglo XX, ya no existía. Los cambios estructurales del sistema habían vuelto ineficaz el clásico equilibrio; éste descansaba ahora en dos grandes potencias, mientras que los países medianos no tenían posibilidad alguna de alterar significativamente la distribución del poder existente.

Aun así, él se convertiría en *la bestia negra de los mandos militares responsables de las relaciones públicas* (Aron, 1985: 414). Durante esos años, trataría sin éxito de mediar entre los norteamericanos (con quienes lo unían estrechos vínculos) y los franceses, que desconfiaban de él. La retirada de Francia del Mando Militar Integrado sería, a los ojos de Aron, una consecuencia natural de la política que el General había esbozado hasta en-

4. *Al revés de lo que se cree, nunca me manifesté en contra de la decisión francesa de fabricar armas atómicas ni en la IV ni en la V República. Justo antes de la primera explosión atómica francesa en el Sahara, en febrero de 1960, expuse los argumentos a favor de la política gubernamental en un artículo del 26 de noviembre de 1959: "Dígase lo que se diga, Francia no es incapaz de constituir de aquí a 1965-1970 una pequeña force de frappe atómica a base de sus recursos científicos y técnicos exclusivamente [...]". [...]*

La mayoría de lectores no comprendían mis argumentos a favor de la fuerza que en aquel entonces se calificaba "de frappe" porque también mencionaba las objeciones. No participé del entusiasmo, espontáneo o dirigido, con que se recibió la explosión de una primera bomba francesa. Consideré que los Mirage IV, la fuerza de la primera generación, apenas parecían una fuerza de segundo choque; me parecían vulnerables en tierra, también vulnerables en el aire. Jamás suscribí la tesis, en adelante oficial, de la fuerza disuasiva del débil hacia el fuerte, más en general, la tesis de la "santuarización": el Estado que posee una fuerza nuclear garantiza a su territorio el carácter de "santuario"; ese territorio goza en delante de una seguridad total y sin peligros (Aron, 1985: 413-414).

tonces, a la que sólo advertirá acerca de los riesgos de un antiamericanismo poco prudente y exagerado.

El ambiente del pensamiento en materia de relaciones internacionales

Si luego de la Primera Guerra Mundial el idealismo, llevado de la mano del pensamiento de Woodrow Wilson y su Liga de las Naciones, fue la concepción dominante en las relaciones internacionales, los acontecimientos posteriores cambiaron completamente el escenario. La denominada **teoría realista** pasó a dominar la escena desde fines de la Segunda Guerra, lógicamente impulsada por un creciente escepticismo sobre las bondades de la naturaleza humana y las posibilidades de una coexistencia pacífica con arreglo a valores antes que a restricciones impuestas por el poder.

Sintéticamente, la teoría realista se postuló como una crítica al idealismo, el cual buscaba transformar el sistema internacional a través del derecho internacional y las organizaciones supranacionales. Para el realismo, las posibilidades de que el sistema cambiara eran muy escasas: no existe para esta concepción una armonía entre los intereses de las naciones, y el Estado-nación (que es el actor principal de este sistema) actúa guiado por sus intereses nacionales, los cuales a menudo resultan contradictorios con los de otros Estados. Las bases para el conflicto están así sentadas; lo que debe buscarse es el mejor método para conciliar esos intereses, o para contrarrestarlos por medio de un adecuado **equilibrio de poder**.

Las raíces intelectuales de esta teoría pueden buscarse tanto en la antigua filosofía política occidental como en otros autores orientales. Tucídides, desde la antigua Grecia, fue uno de los precursores a partir de su explicación sobre las relaciones entre Atenas y Esparta, basada en la idea de que la guerra se convirtió en hecho inevitable a partir del crecimiento del poder ateniense y la percepción de inseguridad que esto pro-

vocó en Esparta. Posteriormente, Maquiavelo y Hobbes plantearon su visión pesimista de la naturaleza humana, y la consideración de que el poder era un factor esencial en las relaciones entre los hombres. Max Weber, desde su concepción del poder como elemento central de la política, introdujo los conceptos de ética de la convicción y ética de la responsabilidad, que con diferentes matices estarán presentes en las preocupaciones de los realistas: antes que juzgar las acciones políticas por su correspondencia con valores morales universales y abstractos, el estadista debe también considerar las consecuencias prácticas de dichas acciones para el Estado que gobierna, y por ende para la sociedad.

El comienzo de la Guerra Fría plantea un interés renovado por la comprensión del sistema internacional y las relaciones entre los Estados. Así, el poder que un Estado tiene para manejarse en el sistema resulta un atributo esencial. Este poder, que es multidimensional, posee diversos elementos que deben ser analizados para determinar la eficacia del conjunto. Y la base de todo este desarrollo se encuentra en el llamado **equilibrio de poder** (al cual como veremos más adelante Aron adscribirá enfáticamente), que alcanza su mayor estatura teórica en la obra de Hans Morgenthau. La paz (entendida como ausencia de guerra) sólo podrá mantenerse en la medida en que los estados soberanos que compiten constantemente por la búsqueda de sus intereses nacionales en el sistema internacional, logren establecer un equilibrio de poder. Esta aseveración se basa en cinco presunciones:

1. El sistema internacional es anárquico.
2. Cada Estado tiene capacidad militar para dañar o destruir a otros.
3. Cada Estado nunca sabe a ciencia cierta las intenciones del otro.
4. El impulso básico de los Estados es sobrevivir y mantener su soberanía.
5. Los Estados piensan estratégicamente (racionalmente) cómo sobrevivir. Por ello se comportan, necesariamente, en forma agresiva pues:

- a) se temen entre sí (no están seguros de disuadir a sus potenciales adversarios y por ello preparan la guerra);
- b) persiguen su supervivencia en un contexto de “ayúdate a tí mismo”. Las alianzas son temporarias y de supervivencia.
- c) buscan maximizar su poder relativo, fundamentalmente, a través del poder militar.

Junto con el equilibrio de poder, la idea principal de la teoría realista es que los Estados se mueven siempre en orden a su interés nacional, en una suerte de estado de naturaleza de la escena internacional. Estos conceptos, en los desarrollos teóricos posteriores a Morgenthau, asumieron un carácter casi indiscutible, con una operacionalización creciente de los elementos del balance de poder. En sus derivaciones menos serias, particularmente en algunos ambientes militares, la utilización del concepto de equilibrio de poder se tradujo en una búsqueda constante para poder medir, de alguna manera, las posibilidades de los hombres de destruirse unos a otros.

Por qué la guerra en la historia: El mundo de la posguerra desde el realismo

A través de los siglos, las rivalidades o los conflictos armados entre colectividades territoriales, sometidas a un poder central, pertenecen al curso normal de la historia⁵.

5. La presentación de *Paz y Guerra entre las Naciones* comienza citando este párrafo de ROUSSEAU en *Écrits sur l'Abbé de Saint-Pierre: Lo primero que observe, al considerar la posición del género humano, es una contradicción manifiesta en su constitución, que la hace siempre vacilante. De hombre a hombre, vivimos en el estado civil y sometidos a las leyes; de pueblo a pueblo, cada uno goza de la libertad natural; lo que en el fondo hace que nuestra situación sea peor de lo que sería si esas distinciones fueran desconocidas. Porque, viviendo a la vez en el orden social y en el estado de naturaleza, estamos sujetos a los inconvenien-*

La guerra es de todos los tiempos históricos y de todas las civilizaciones. Con hachas o cañones, con flechas o con balas, con explosivos químicos o con reacciones atómicas en cadena; de lejos o de cerca, aisladamente o en masas, al azar o de acuerdo con un método riguroso, los hombres se han matado unos a otros, utilizando los instrumentos que la costumbre y el saber de las colectividades les ofrecían (Aron, 1985: I 197).

Influido por el ambiente político nacional e internacional de los años de la guerra fría, y por las corrientes de pensamiento incipientes en materia de relaciones internacionales, que se desarrollaban con fuerza en las universidades norteamericanas a las que asistía con cierta periodicidad (fuera para tomar cursos o dar conferencias), Raymond Aron dedicó gran parte de su energía a reflexionar sobre los problemas de la paz y de la guerra⁶. En esos años de posguerra, surgió con fuerza la corriente realista de relaciones internacionales. Pocos años después, la misma realidad de su país obligaba a reflexionar sobre estos temas que, como intelectual comprometido, no podía evitar. Dedicó cursos sobre relaciones internacionales en la Sorbona y luego asistió a Harvard como profesor investigador. A su regreso, tenía los elementos para terminar de redactar lo que luego

tes del uno y del otro, sin encontrar la seguridad en ninguno de los dos (Aron, 1985: I ii).

6. *Recién terminadas las hostilidades, la aparición de la bomba atómica llenó a todo el mundo de miedo y estupor; tanto civiles como militares se veían obligados a plantearse la pregunta: ¿cómo insertar en el juego tradicional de los estados ese instrumento de destrucción de una potencia sin punto de comparación con la de las armas que, de rechazo, pasaron a llamarse clásicas o convencionales? Como comentarista de los acontecimientos internacionales en Le Figaro, sentí la necesidad de estudiar tanto el contexto militar como histórico de las decisiones que yo, como periodista, debía comprender e interpretar. La disuasión, el deterrent norteamericano, entraron en el lenguaje cotidiano. Sobre esta noción se desarrolló en los Estados Unidos una problemática que hizo surgir institutos de investigación, que motivó decenas y decenas de libros: ¿quién puede disuadir a quién, de qué, con qué amenazas, en qué coyunturas?* (Aron, 1985: 435).

sería *Paz y Guerra entre las Naciones*, obra que *selló la reconciliación de la universidad con el periodista* (Aron, 1985: 439).

Dentro de las corrientes del pensamiento en materia de relaciones internacionales, pocas dudas pueden haber acerca de que Raymond Aron fue, ante todo, un realista confeso. Uno de sus principales aportes a esta corriente fue plantear la necesidad de definir ese interés nacional que guía las acciones de los Estados, de dotar de contenido a un concepto que por sí mismo –según él afirmará– no dice nada. Desde allí, intentó postular la sociología histórica como método de análisis de las relaciones internacionales. Su punto de partida básico fue que el estado de naturaleza (o de guerra potencial) en el ámbito interior de los Estados es sustancialmente diferente cuando se trata de las relaciones **entre** los Estados. Allí, los ciudadanos se subordinan a la ley; en cambio, en las relaciones internacionales, *las unidades políticas se esfuerzan por imponerse, unas a otras, su propia voluntad* (Aron, 1985: I 107).

En el ámbito internacional, no existe una instancia a la cual cada Estado se subordine, no existe un poder central. Por el contrario, desde el momento en que cada Estado es una unidad autónoma, está en su misma naturaleza la lucha por la supervivencia, idea hobbesiana a la que Aron adhiere explícitamente: *Toda unidad política aspira a sobrevivir* (Aron, 1985: I 108). Al tiempo que al interior de los Estados no se acepta la existencia de otras fuerzas que desafíen el monopolio de la violencia, en su política exterior cada Estado reconoce y ve como legítima la existencia de una pluralidad de centros monopólicos de violencia. Ello hace de las relaciones internacionales un campo de interés para aquellos que desean comprender y evitar la sucesión de guerras que han marcado la historia de la humanidad: *¿Cómo elaborar una ciencia de las relaciones internacionales sin interrogarse por la significación, histórica y existencial, del hecho de que las colectividades, políticamente organizadas, a través de los seis mil años de civilización, no han conocido ninguna paz que no sea el intervalo entre dos guerras, o la guerra por otros medios que los militares?* (Aron, 1985: I 16).

En definitiva, es la adhesión a esta concepción de la naturaleza humana y de las relaciones entre los Estados lo que él finalmente expresa en la frase citada al comienzo de este artículo: *Más vale comprender la diversidad de mundos que soñar con un mundo que no existe ya, simplemente porque no nos gusta el que realmente existe.* En otras palabras, todos quisiéramos que el mundo fuera diferente, con un comportamiento interestatal basado en valores morales, pero la realidad es otra y debemos comprenderla.

En su perspectiva las relaciones internacionales consisten en relaciones entre las unidades políticas en las cuales el mundo está dividido. Y cada una de estas unidades políticas reclama su derecho a imponer su propia voluntad. Por ello, y en función de vivir en este estado de naturaleza internacional, la finalidad primordial de cada una de las unidades políticas es la **seguridad**; en última instancia, su supervivencia. Y ésta se logra utilizando la violencia como medio, no sólo durante la guerra, sino también en tiempo de paz. Por ello, se distingue entre la violencia **simbólica** (o “diplomacia de los cañoneros”), y la violencia **clandestina** (terroristas, partisanos), a la cual ve como característica del siglo XX:

La diplomacia sin medios de presión económica o política, sin violencia simbólica o clandestina, sería pura persuasión: quizá no existe. Puede ser que la diplomacia que se quiere a sí misma pura recuerde siempre, aunque no sea más que implícitamente, que podría atemorizar si quisiera. Al menos, la diplomacia pura se ingenia por hacer creer al adversario y a los espectadores que quiere seducir o convencer, pero no coaccionar. El adversario debe tener el sentimiento de su libertad, aunque, en última instancia, ceda a la fuerza (Aron, 1985: I 95).

Puede decirse entonces que las unidades políticas (los Estados), tienen dos tipos de objetivos: los **eternos** (sobrevivir), que se componen por la búsqueda de la seguridad, el poder y la gloria; y los objetivos **históricos**, que varían de acuerdo con la cir-

cunstancia, y que pueden ser ya la importancia militar o la estrategia adoptada, las ventajas espacial-demográficas y los beneficios espacial-económicos que pueden obtenerse.

El sistema internacional desde la sociología histórica

¿Cómo se mueven esas unidades políticas en relación a otras? ¿Cuál es el papel de la influencia exterior y qué tipo de consideraciones tiene en cuenta el estadista antes de adoptar una decisión que comprometa a su “interés nacional”? Para este tipo de preguntas, Raymond Aron trabajó sobre el concepto que resultaría, a la postre, uno de sus mayores aportes al campo de la teoría de las relaciones internacionales: **el sistema internacional**, su configuración y sus características: *Llamo sistema internacional al conjunto constituido por una serie de unidades políticas, que mantienen entre sí relaciones regulares y que son todas susceptibles de verse implicadas en una guerra general. Son miembros de pleno derecho de un sistema internacional aquellas unidades que son tenidas en cuenta, en sus cálculos de fuerza, por los responsables de los principales Estados* (Aron, 1985: I 133).

Este sistema internacional posee una estructura que es siempre oligopolística: *En cada época, los actores principales determinaron el sistema, más que fueran determinados por él. Basta con un cambio de régimen en el interior de uno de los actores principales, para que cambie el estilo y, a veces, el curso de las relaciones internacionales* (Aron, 1985: I 134).

La primera característica del sistema internacional es la **configuración de la relación de fuerzas** que en él existe o, dicho de otra manera y retomando los postulados clásicos de la escuela realista imperante en ese entonces, por el que se conocía como **equilibrio de poder**⁷. Hasta la era atómica, éste había domina-

7. *La política exterior es, en sí, una power politics o política de poder. Igualmente, el concepto de equilibrio –balance– se aplica a todos los sistemas internacionales hasta la era atómica (puede ser que exclusivamente).*

do absolutamente la escena internacional con una multiplicidad de actores que jugaban constantemente este juego de equilibrio. Por ello, la distinción básica que podría hacerse respecto de cuál es la configuración de fuerzas es la de hablar de sistema **multipolar** o sistema **bipolar**. En el primer caso, son posibles diversas combinaciones de equilibrio; mientras que en el segundo, las posibilidades de dos unidades sobrepasan absolutamente a las de las demás, de manera que el equilibrio ya no es posible más que a través de la formación de dos coaliciones a las cuales los Estados medianos o pequeños deben adscribirse. Este sistema bipolar implica una jerarquía de hecho, que permite a las grandes potencias intervenir en los asuntos del resto de los Estados. Ellas modelan el sistema; mientras el resto sólo intenta adaptarse a él.

Este equilibrio de las fuerzas se mueve por reglas que deben ser descubiertas y comprendidas por el analista. La regla más sencilla es aquella elaborada por el rey de Siracusa: un Estado no debe poseer nunca fuerzas tales que los Estados vecinos se vean incapaces de defender sus derechos contra él (Aron, 1985: I 171). En el sistema multipolar, hallamos un compromiso entre el estado de naturaleza y el reino de la ley: *Estado de naturaleza, puesto que el más fuerte continúa siendo el enemigo, precisamente por cuanto es el más fuerte, ya que cada actor es el único juez en última instancia de su conducta, reteniendo el dere-*

[...] hemos distinguido entre las fuerzas –conjunto de medios de presión o de coacción a disposición de los Estados– y la potencia –capacidad de los Estados, considerados cada uno de ellos como una unidad, de influir sobre los demás–. Por ello, nosotros hablaríamos de política de poder y de equilibrio de fuerzas. La primera expresión significa que los Estados no reconocen ni árbitro ni ley superiores a su voluntad y que, consecuentemente, no deben su existencia ni su seguridad más que a ellos mismos y a sus aliados. Si prefiero el equilibrio de fuerzas al equilibrio de poder, es porque las fuerzas son más fácilmente mensurables que el poder. Sin embargo, si las fuerzas están equilibradas, los poderes lo estarán también más o menos. Ningún Estado impone soberanamente su voluntad a los demás, a no ser que posea recursos hasta tal punto aplastantes, que sus rivales admitan por adelantado la inutilidad de la resistencia (Aron, 1985: I 169).

cho a escoger entre la paz y la guerra. No obstante, este estado de naturaleza no consiste ya en la lucha de todos contra todos, sin reglas y sin límites. Los Estados se reconocen recíprocamente el derecho a la existencia y quieren –y saben que quieren– preservar el equilibrio y hasta una cierta solidaridad frente al mundo exterior (Aron, 1985: I 180).

Cualquiera sea la coyuntura –continúa– la ley más general del equilibrio se aplicará: el objetivo de los actores principales es no encontrarse a merced de un rival. *Pero como los dos Grandes dirigen el juego, los Pequeños, ni siquiera uniéndose, pueden contrarrestar a uno solo de los dos Grandes, por lo que el principio de equilibrio se aplica a las relaciones entre las coaliciones, constituidas alrededor de los cabecillas del juego. Cada coalición tiene como objetivo supremo impedir al otro la adquisición de medios superiores a los suyos (Aron, 1985: I 182).* Así, el pensador francés adelanta una conclusión que los estrategas de los países pequeños no pudieron entender sino hasta el fin de la guerra fría: el equilibrio de poder sólo puede ser aplicado a los grandes países.

La segunda característica a la que debe prestarse atención al analizar las relaciones internacionales es aquella relativa a las **ideas e intenciones políticas**. La conducta que los Estados adoptan en relación a otros no sólo está determinada por la relación de fuerzas, sino también por las ideas y sentimientos que influyen sobre las decisiones de los actores. La coyuntura diplomática –nos dice– no será plenamente comprendida si nos limitamos a describir una estructura geográfica y militar, sin considerar también los determinantes de las conductas de los principales actores y los objetivos que ellos se proponen. Así, se distingue entre sistemas **homogéneos** y **heterogéneos**:

Llamo sistemas homogéneos a aquellos en los cuales los Estados pertenecen al mismo tipo y obedecen al mismo concepto de la política. Llamo heterogéneos, por el contrario, a aquellos sistemas en los que los Estados están organizados de acuerdo con otros principios y proclaman valores contradictorios (Aron, 1985: I 140).

A modo de ejemplo, entre el final de las guerras de religión y la Revolución Francesa, el sistema europeo era a la vez multipolar y homogéneo. En la segunda mitad del siglo XX, el sistema es simultáneamente bipolar y heterogéneo. En el sistema homogéneo, existe entre los líderes políticos un acuerdo básico acerca del tipo de objetivos a alcanzar. Las posibilidades de conflicto existen, pero no ponen en riesgo la supervivencia misma del sistema. Por el contrario, los sistemas heterogéneos implican una oposición frontal entre sistemas que buscarán destruirse sea por razones ideológicas o de organización del sistema político y la economía.

El análisis de los dos aspectos (relación de fuerzas y homogeneidad del sistema) nos arroja el modo de funcionamiento del sistema, al nivel de la **sociología**, y el curso de las relaciones internacionales, en el nivel de la **historia**. Por ello, es dicho que Aron suscribe a la llamada sociología histórica para el análisis de las relaciones internacionales en determinado tiempo y espacio. Su preocupación constante fue poder comprender y esclarecer la lógica de la toma de decisiones en el campo diplomático y estratégico, tomando como punto de partida que la paz sería el objetivo al cual tenderían las sociedades. Por su visión de la naturaleza humana, sin embargo, la paz no es un horizonte al que los hombres llegarán, sino simplemente *la suspensión, más o menos duradera, de las modalidades violentas de la rivalidad entre unidades políticas* (Aron, 1985: I 198). Esta paz, fundada no en el deseo sino en el **poder**, tiene distintos tipos que refieren a diferentes categorías de relación de fuerzas:

- la paz de **equilibrio**, en la cual las fuerzas de las unidades políticas están balanceadas (el orden europeo anterior a las guerras, o el mismo orden bipolar);
- la paz **hegemónica**, en la cual se destaca una fuerza por sobre las otras, sin que nadie se atreva a desafiarla ni ella misma desee absorber a las otras (la hegemonía norteamericana de la década de 1990, por ejemplo);
- la paz **imperial**, en la que todas las unidades salvo una pierden su autonomía y tienden a desaparecer como centros de deci-

siones políticas (la paz del imperio alemán después de 1871; ¿la paz del imperio estratégico estadounidense en la actualidad?).

Esta clasificación de las paces conlleva a su vez una clasificación de las guerras:

- las guerras **interestatales**, que enfrentan a unidades políticas que se reconocen como tales;
- las guerras **superestatales** o **imperiales**, que tienen por objeto o consecuencia la eliminación de algunos y la formación de otro tipo de unidad política; y
- las guerras **infraestatales** o **infraimperiales**, cuyo objeto es mantener o acabar con una unidad política sea ésta nacional o imperial.

La reflexión sobre los principios de la paz lleva a Aron, necesariamente, a abordar también su mayor inquietud, aquella que denomina la **paz por el terror**. Esta es la que *reina (o reinaría) entre unidades políticas, cada una de las cuales tiene (o tendría) la capacidad de ocasionarle a otra daños mortales* (Aron, 1985: I 207). Esta paz difiere fundamentalmente de las otras y, aquí, podría encontrarse que las armas de destrucción masiva podrían provocar la puesta en duda de la fórmula de Clausewitz a la que nos referiremos más adelante: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”.

De la mano de esta preocupación, ingentes páginas son dedicadas al problema de la teoría de la disuasión. En los primeros '60, había asistido a la intensa discusión norteamericana sobre la disuasión en su paso por Harvard. Los norteamericanos, que habían llegado a acuñar la **respuesta flexible** como doctrina que reemplazaba las represalias masivas, concluían por aquellos años que era imposible disuadir a la Unión Soviética con la amenaza de recurrir a las armas nucleares. Estas debían constituir el último recurso. ¿Cuál sería la estrategia a adoptar en caso de ataque al territorio europeo? ¿Vería la URSS esta “respuesta flexible” como signo de debilidad de la convicción de los Estados Unidos para defender a Europa? ¿Qué papel jugaría, en este escenario, la incipiente fuerza nuclear francesa? Preguntas de este tipo pueblan las páginas de *Paz y Guerra*; las discusiones acerca del uso de las

armas nucleares eran para Aron tan importantes y apasionantes, que dedicaría una obra específica a ello: *Le Gran Débat*.

Un último desarrollo puede ser citado como parte de sus contribuciones a la teoría de las relaciones internacionales. Tratando de comprender el funcionamiento del sistema, el pensador francés llega a comprender la existencia de otras relaciones que, autónomamente, también existen en las relaciones entre los pueblos. La existencia de una **sociedad transnacional** se convierte en otro de los significativos aportes de Raymond Aron, anticipando a su vez lo que ya a fines del siglo XX sería reconocido ampliamente por todos los analistas. El sistema internacional representa el aspecto interestatal de la sociedad a la que pertenecen los distintos pueblos –ilustra–, mientras que la sociedad transnacional *se manifiesta por los intercambios comerciales, las migraciones de individuos, las creencias comunes, las organizaciones que trascienden más allá de las fronteras y por las ceremonias y competiciones abiertas a los miembros de todas estas unidades. La sociedad transnacional es tanto más viva cuanto mayor sea la libertad de intercambios, migración o comunicación, cuanto más fuertes sean las creencias comunes, más numerosas las organizaciones no-nacionales y más solemnes las ceremonias colectivas* (Aron, 1985: I 146). Resulta difícil, a la luz de estas palabras, no pensar en ciertos rasgos de la sociedad mundial actual y en los efectos de la globalización más allá de las relaciones entre los Estados.

La primacía de la política: Clausewitz

Mi duda se centraba en qué tipo de libro escribir: ¿un ensayo o bien una obra voluminosa que aspirara a ser una interpretación global de Clausewitz? Me decidí por la segunda alternativa. Desde Paix et Guerre no había publicado más que ensayos. Era hora de imponerme nuevamente una verdadera prueba. Asombrosa decisión: me acercaba a los setenta años y un “Marx”, otro estudio sobre la filosofía de la historia habrían respondido mejor a la lógica de mi existencia y mi carrera.

No obstante, para justificarme cité una frase de B. Croce [...]: “Ha hecho falta la mezquindad y la pobreza de la cultura media de los filósofos, su especialismo ininteligente, el provincialismo –digamos las cosas como son– de sus hábitos mentales, para explicar su indiferencia, su desconocimiento respecto a libros tales como el de Clausewitz”. El tratado de estrategia más célebre y quizá el menos estudiado atrae legítimamente la curiosidad de un filósofo (Aron, 1985: 622).

Entre 1972 y 1975, encontramos a Raymond Aron convertido en un entusiasta estudioso e investigador de la teoría estratégica. El relevamiento de información y las lecturas se dejan traslucir en forma ciertamente impresionante en *Pensar la Guerra*: la erudición de las citas, la familiaridad con la que aborda los temas del “Tratado” (como él llamó a la obra de Clausewitz *De la Guerra*), muestran que se encontraba frente a un tema que le apasionaba y desvelaba. ¿Podría decirse que intentó en las postrimerías de su carrera reivindicar aquel aspecto del pensamiento del estratega prusiano representado en su famosa fórmula “La guerra es la continuación de la política por otros medios”, para utilizarlo en su afanosa búsqueda por controlar que el poder nuclear se escapara de las manos de los políticos? Esta reivindicación, ¿sería la forma de lograr hacer entender a quienes debatían sobre la forma y dinámica del sistema internacional que la política debía retomar su papel preponderante por sobre el pensamiento estratégico-militar? ¿Será este libro la obra final de esa peculiar forma cosmopolita de su personalidad, mostrando a un francés –judío– elogiando y rescatando de la ignominia a un general alemán?⁸.

8. Así reproduce Aron una de las críticas que realizaron a su libro: *El artículo de Wilfried von Bredow contiene un pasaje con el que, en mi ingenuidad, soñaba por anticipado y que reproduzco aún exponiéndome a suscitar una sonrisa*: “El brillo de la expresión, reconocible aún en la traducción alemana (aunque a veces el estilo se resienta con ella), la envidiable erudición del autor y finalmente su total dominio de la vinculación de la ciencia y la experiencia, convierten el libro de Aron en una cumbre de encuentro entre las culturas francesa y alemana que nunca se podrá apreciar lo bastante” (Aron, 1985: 634).

Su gran preocupación, y tal vez el motivo que lo llevó a Clausewitz, fue la concepción que éste elaboró acerca de la guerra absoluta y de la guerra **total**, a las cuales podría –peligrosamente, armas nucleares mediante– acercarse cada vez más la guerra real. Su visión del estado de naturaleza le imponía la insidiosa inquietud acerca de lo que el hombre podría llegar a hacer si la política no guiara el conflicto entre Estados. Por ello, el objetivo implícito en las páginas de *Pensar la Guerra* es destacar que –contra lo que sus detractores habían diseminado– Clausewitz nunca implicó en sus ideas la admiración o la propuesta por la guerra total o llevada a sus extremos (dando aires a las matanzas de la Primera Guerra o a líderes como Adolf Hitler)⁹ sino que, por el contrario, la propuesta clausewitziana fue advertir que la política (o inteligencia del Estado personificado) debía guiar los pasos militares como un instrumento de la acción del Estado.

Luego de dedicar un tomo y medio de la obra a una revisión de las guerras en la historia moderna, la influencia que Clausewitz pudo haber tenido sobre los líderes políticos y militares, y la interpretación de las ideas principales del estratega alemán en torno a las formas de la guerra y las estrategias deseables (lo cual constituye la parte más brillante de la obra, que no analizaremos aquí para no abrumar con temas muy específicos del campo estratégico), Aron pasa a analizar las ideas clausewitzianas a la luz de la era nuclear. Esta parte de la obra, según él mismo reconocerá en sus *Memorias*, es tal vez la más débil desde el pensamiento estratégico. Pero, a juzgar por lo que hemos analizado hasta aquí, representaba el objetivo último y tal vez inconfesado ante sus propios ojos: descubrir cómo poner límites al poder que el hombre había desarrollado, para que la tendencia natural al conflicto no desencadenara el fin de la

9. ¿Por qué ironía de la suerte este teórico que rechazaba el metodismo, el dogmatismo, la ilusión de las máximas y válidas en todo tiempo y lugar, tiene fama de ser el “mahdí de las masas y la matanza mutua”? (Aron, 1987: 5).

humanidad. Así, en las últimas cien páginas, intenta responder las siguientes inquietudes: ¿qué se hace de la estrategia cuando la amenaza nuclear no tiene más fin que disuadir, y por lo tanto de impedir su propia ejecución? ¿Qué variedad de guerras, qué complejidad interna en cada una de ellas presentan los treinta últimos años, comienzo de la era nuclear? ¿Es legítimo imaginar al Estado como una persona inteligente o la política como la acción de esta persona?

Su pensamiento parece ciertamente obsesionado por la idea de que la disuasión –como teoría a la que todos adherían– podía fracasar por sus propias características. ¿Era verdaderamente adecuado creer que porque el adversario temía los efectos de la respuesta, no utilizaría los medios a su alcance para lograr sus fines políticos? ¿Cuán seria era la teoría, creada y pregonada principalmente por los estrategas norteamericanos? Seguramente en su fuero íntimo circulaba esa última pregunta: después de todo, los mismos norteamericanos habían producido la inversión de lo que llamaba la *Fórmula*, al haber convertido el objetivo militar (la aniquilación del enemigo) en el objetivo político, lo cual los condujo a arrojar dos bombas nucleares:

La destrucción de Hiroshima y Nagasaki por bombas atómicas indica la culminación del ascenso, la aplicación bárbara del principio de aniquilación interpretado en sentido material. Esos mismos acontecimientos parecen constituir retrospectivamente el origen de un movimiento en sentido contrario. Hoy basta citar la *Fórmula* [...] para que surja la respuesta, en cierto modo evidente: la guerra (¿nuclear?) ya no es la continuación de la política por otros medios.

¿Cómo la destrucción de ciudades, el exterminio ciego de millones de seres humanos con bombas termonucleares podrían ser entendidos como un medio, comparable a cualquier otro, de alcanzar los fines que se proponen normalmente los Estados? La guerra sólo constituye una fase [...] del comercio entre los Estados; el uso efectivo de estas armas eliminaría la significación humana de este comercio, la prueba de voluntades sin la cual no subsistiría más que la prueba de fuerzas brutas.

[...] Si la amenaza, como quiere la teoría, no tiene más fin que impedir su propia ejecución, ¿no resulta de ello una suerte de contradicción o paradoja? ¿Se puede vivir indefinidamente a crédito? El combate consiste en demostrar la solvencia de la diplomacia o la estrategia. ¿Cuánto tiempo pueden circular los documentos y permanecer acreditables sin que se demuestre la solvencia que los avala? (Aron, 1987: II 105).

Lo que aún resguarda al hombre de su propio final es, justamente, la fórmula elaborada por Clausewitz: poner a la guerra bajo la subordinación de la política. Sin embargo, resta aún dilucidar si ella –la política– podrá a su vez ser “controlada” o si responde a alguna lógica más allá de los sentimientos, pasiones e intereses personales de quienes ejercen el poder: [...] *los acontecimientos de la última guerra nos recuerdan que los horrores “impensables” cobran una apariencia de normalidad una vez que se han inflamado las pasiones y desencadenado las matanzas* (Aron, 1987: II 108). La política representa a la inteligencia del Estado personificada, aunque de esto pueda desprenderse el problema de hasta qué punto puede personificarse un Estado. En esto –retomando a Clausewitz– reconoce que la conducción de un Estado sufre múltiples influencias ajenas a la inteligencia (considerando además que no es una sola persona la que toma las decisiones). Y que, de la mano de este concepto clausewitziano, puede llegarse a lo que se denomina interés nacional, que debería guiar las acciones de los Estados en esa política internacional que aún permanece en estado de naturaleza¹⁰. En este sentido, y frente a los detrac-

10. [...] *basta con citar el célebre texto de Leviatán sobre el estado salvaje para encontrar allí el equivalente de la coyuntura actual. Los silos reemplazan a los fuertes del siglo XVIII y los proyectiles balísticos a los cañones. Lo nuevo es el carácter instantáneo y total de la amenaza* [...].

La pregunta que subsiste en estos términos: ¿el hecho técnico [...] condena en sí mismo a la humanidad a vivir en la angustia? ¿A unirse o perecer? ¿A superar la división en Estados soberanos? En muchas oportunidades me he inclinado a creerlo. Hoy día pienso de otra manera: el peligro lo crea la política, no las armas. [...] (Aron, 1987: II 188).

tores de la “política de Estado”, Aron clama: *Hay que lamentar que los Estados no se parezcan más a personas inteligentes, no deplorar la personificación del Estado* (Aron, 1987: II 190).

El llamado a la racionalidad, como en *Paz y Guerra*, vuelve a presentarse en la obra dedicada a Clausewitz, y aparece como el espíritu constructor de la obra de Aron en materia estratégica. La preocupación por las fronteras difusas entre el nivel estratégico-militar (el de las armas nucleares) y el nivel político es la del filósofo que observa cómo el mundo se enfrenta al riesgo de perder el control sobre las fuerzas autodestructivas: *En la era nuclear, la única oportunidad para salvar a la humanidad de sí misma reside en que la inteligencia del Estado personificado controle los armamentos* (Aron, 1987: II 211).

Tomar al gran maestro de la estrategia y la guerra para alertar acerca de los peligros de la despersonificación de la política fue en este sentido una jugada arriesgada pero necesaria a sus ojos. Los desafíos a la predominancia del Estado en el juego político –que él ya vislumbraba– no disminuían los riesgos producidos por los elementos de poder y destrucción que el Estado poseía y que ponían en juego el destino de la vida humana:

Los profesores de “ciencia” política han descubierto que las relaciones interestatales no constituyen sino un fragmento de un conjunto más vasto que incluye los intercambios entre los individuos, miembros de sociedades diferentes, los movimientos sociales o las empresas, indiferentes a las fronteras, incluso de las instituciones supranacionales. Algunos deducen de ello que los Estados ya no cuentan, que las soberanías legales representan ficciones; terminan por olvidar aquello que los obsesionaba hace pocos años: las instancias centrales de mando, en Moscú, Pekín o Washington, continúan disponiendo de instrumentos de la violencia, ejércitos, flotas, aviación y armas de destrucción masiva [...]. (Aron, 1987: II 211).

Conclusión: El pensamiento estratégico de Aron a la luz del siglo XXI

A pesar de los diferentes enfoques, los diversos pensadores que actualmente se dedican a comprender las alternativas de la realidad mundial de la posguerra fría y a vislumbrar los escenarios del siglo XXI, coinciden en que seguramente los Estados deberán moverse en un escenario plagado de incertidumbres, dominado por los avances tecnológicos, la globalización económica y financiera, y una brecha cada vez mayor entre países desarrollados y no desarrollados, con conflictos provenientes de la disputa por recursos cada vez más escasos. No existe coincidencia acerca de cuál será el uso que los Estados harán de la fuerza militar en ese escenario, o de cuál será el papel de los organismos internacionales en la regulación del sistema.

La corriente realista a la que Raymond Aron adhirió no encuentra, en la coyuntura actual, demasiados elementos que abonen su descrédito. La visión pesimista acerca de la naturaleza humana es asumida por gran parte de los pensadores, y encuentra en las luchas por el poder internacional, la imposibilidad de las organizaciones internacionales de garantizar la paz, y la renuencia a abandonar la amenaza del uso de la fuerza, sus mayores indicadores. Pasado un primer período posguerra fría, en el que algunos teóricos creyeron ver el fin de los enfrentamientos armados, la guerra recuperó su lugar como indicador del “estado de naturaleza” de la escena internacional.

Si bien algunos aspectos del pensamiento de Aron (como sus análisis acerca de los elementos del poder) mostraron con el tiempo su inutilidad frente al avance de la complejidad en las relaciones internacionales, algunas de sus visiones merecen ser destacadas por su anticipación:

- La crítica teórica al **equilibrio de poder** en el sentido de que éste, en el mundo de la posguerra, sólo podía ser aplicado a las relaciones entre las grandes potencias. En este sentido, el “equilibrio” es un producto del sistema que al igual que todos los demás productos afecta a todos los estados sean estos po-

tencias medias o estados débiles, de ubicación geoestratégica central o periférica.

- Su apreciación de la llamada **sociedad transnacional**, y la autonomía de ésta respecto del orden internacional. En este sentido, resalta su previsión acerca de la pérdida de soberanía de los Estados y consiguientemente, de la importancia efectiva del llamado sistema interestatal¹¹.

- La intuición acerca del posible fin del **sistema bipolar**, y de la reunificación de Europa, aunque las viera como *posibilidades más o menos lejanas* (Aron, 1985: I xxxviii).

- La previsión del futuro Imperio liderado por los Estados Unidos (la paz imperial): el sistema internacional estaba evolucionando hacia la planetarización; la realidad estratégica, hacia la victoria norteamericana y de sus ideales, con el instrumento militar de la OTAN de su lado. ¿Puede dejar de asombrarse el estudioso de los temas estratégicos ante párrafos tan brillantes por su previsión como los siguientes, que podrían haber sido escritos en el año 2000 por un periodista que analizara las acciones militares en Kosovo?: [...] *¿la civilización occidental ha evolucionado hacia el imperio universal, de la misma manera que aquellas que la han precedido en el tiempo y en la tumba? ¿Es este imperio universal (americano) la Organización del Tratado del Atlántico Norte?* (Aron, 1985: II 456).

Tal vez una de las mayores debilidades en esta búsqueda que emprendió acerca de la comprensión del sistema internacional y su dinámica haya sido la falta de ubicación en ese esquema del papel de la **cooperación** como uno de los motores del cambio sistémico. ¿Fruto de su visión realista? Aquí parece haber primado una cierta inflexibilidad de la teoría para incluir en ella formas organizativas que, sin llegar a concluir en un “pecado” de ingenuidad idealista, hicieron de la cooperación y la integra-

11. *Todavía hoy, este sistema me parece dominante o primordial en la sociedad internacional, aunque, con el curso del tiempo, creo que pasa a un segundo plano* (Aron, 1985: I xxxi).

ción un instrumento aún de interés nacional. En su universo de pensamiento no existen teorías como las de “seguridad cooperativa” vigentes actualmente, las cuales aun desde una concepción neorrealista plantean el entendimiento antes que la acumulación de poder. Para Aron, las unidades colectivas *no quieren ser fuertes solamente para desalentar la agresión y disfrutar de la paz, sino que quieren serlo para hacerse temibles, respetadas o admiradas. En última instancia, quieren ser poderosas, es decir, capaces de imponer su voluntad a vecinos y rivales, y de influir sobre la suerte de la Humanidad y sobre el futuro de la civilización. [...] La seguridad puede ser el objetivo último –no temer ya, es una suerte digna de envidia–, pero el poder puede también tener un fin último: ¿Qué importa el peligro si se conoce la embriaguez de reinar?* (Aron, 1985: I 109).

Su explicación del orden internacional se basó en la “solidaridad” de las dos superpotencias frente a la amenaza nuclear, la cual no opera en la actualidad de la misma manera. La inestabilidad del orden internacional actual halla también raíces en las llamadas nuevas amenazas a la seguridad, que ocupan un lugar preponderante en la escena más allá de las rivalidades interestatales. Aron no previó esto (aunque evaluó los problemas de la superpoblación). Sí intuyó brillantemente al respecto. En sus obras dedicadas a la estrategia abrió el panorama del estado de naturaleza internacional a las guerras no convencionales, al terrorismo, y aun al concepto de luchas entre civilizaciones, veinte años antes de que otros pensadores lo hicieran¹².

Los aportes de Raymond Aron al campo de las relaciones internacionales y de la estrategia han sido numerosos. Su visión

12. *La extensión planetaria del sistema diplomático, la universalidad de la sociedad industrial, el triunfo de la filosofía americana del orden jurídico internacional, desembocan, todos ellos, en la singular coyuntura que estamos intentando describir [...]. En el exterior de la zona de civilización en que surge la sociedad moderna, todos los pueblos ambicionan adquirir los mismos medios de riqueza y de poder. [...] La heterogeneidad de las civilizaciones, ya incluidas dentro de un mismo sistema, quizá traerá consigo a la larga consecuencias más graves que la oposición de dos regímenes o de dos doctrinas [...]* (Aron, 1985: II 492).

sobre Clausewitz continúa siendo discutida por los pensadores estratégicos del ámbito militar y civil. Como conclusión de este trabajo, y reflejando el realismo casi extremo que caracterizó su percepción de la historia, merecen citarse sus propias palabras finales de *Pensar la Guerra*:

Tal vez la gran ilusión de los europeos no consiste tanto en apostar a la razón como en desconocer la contrapartida de esta apuesta. Para salvar a los hombres de sus propios medios de destrucción fue necesario “salvar” las guerras. Los europeos quisieran dar un paso más y decir “adiós a las armas”. La descolonización culmina; todos los pueblos, o casi todos, alcanzan la soberanía. Así como los europeos han debido llegar al fondo de la noche y vivir los horrores de la guerra absoluta para adquirir sabiduría, ¿por qué los hombres de otros continentes, ayer pisoteados o humillados, no preferirían a su vez la cooperación a la violencia? Juntos obrarían con miras a una sociedad planetaria que sea algo más, algo diferente de una agrupación de Estados donde cada cual sólo respeta la ley de su propia voluntad.

No ignoro la responsabilidad del teórico. Cada uno de nosotros, aún infinitesimalmente, configura el mundo según la imagen que tiene de él. Quien niega la autoridad de la ley internacional la debilita aún más. Pero el pacifista que procura “inculpar” a sus adversarios asume cómodamente el buen papel. [...]

Lo que le falta a un biólogo matemático, a un honesto profesor, es el sentido de la historia y de lo trágico. Este sentido también falta a quienes se denominan neoclausewitzianos y jamás leyeron a Clausewitz. Al menos los neoclausewitzianos de allende el Atlántico tienen el mérito de rechazar tanto la guerra absoluta simbolizada por la capitulación incondicional del enemigo como el legalismo internacional (la paz por la ley), la doble ilusión de que la paz reinará cuando un perturbador haya sido eliminado o cuando los Estados cesen de tomar la justicia en sus manos. Las armas nucleares han disipado una de las formas de la ideología wilsoniana, la cruzada por la paz; los votos de la Asamblea General de las Naciones Unidas disi-

pan otra, la equidad de una ley que resultaría de la aplicación del principio mayoritario a la Sociedad de Estados. Queda una última ilusión por disipar: después de los horrores de la Primera Guerra Mundial, ni los hombres ni los Estados dijeron “adiós a las armas”.

El general que escribía el Tratado, incluso el joven oficial que soñaba con la gloria en el campo de batalla, no ignoraba la precariedad de las obras a las que se consagra el político. A nuestros nietos ya les cuesta comprender lo que nos exasperaba a mi amigo Golo Mann y a mí cuando mirábamos en el Kurfurstendamm cómo Goebbels arrojaba a la hoguera, en un gesto que remedaba un pasado lejano, los libros de Freud o Musil. Yo tuve que enfrascarme en las memorias o las cartas de Gneisenau o Clausewitz para revivir las pasiones de los patriotas prusianos contra Napoleón.

Otros hombres vivirán mañana otras pasiones. Francés de origen judío, yo no podría olvidar que Francia debe su liberación a la fuerza de sus aliados, Israel la existencia a sus armas, la posibilidad de supervivencia a su resolución y a la resolución norteamericana de combatir si es necesario.

Antes de sentirme culpable espero que un tribunal decida quién, si los israelíes o los palestinos, tienen derecho a reclamar la tierra consagrada por las tres religiones del Libro. (Aron, 1987: II 212-213).

Bibliografía

- ARON, Raymond (1962), *Paz y Guerra entre las Naciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, Tomos I y II.
- (1983), *Memorias*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- (1976), *Pensar la Guerra, Clausewitz*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales, 1987, Tomos I y II.
- FUNDACIÓN FRIEDRICH EBERT, *Problemas de Seguridad Europea y Despliegue de Sistemas de Alcance Medio*, Madrid, 1984.
- MORGENTHAU, Hans (1948), *Política entre las Naciones: la lucha por el poder y la paz*, Buenos Aires, GEL, 1986.